

INTRODUCCIÓN

Joaquín Costa desde la Antropología social

POR
C. LISÓN TOLOSANA

A don José M. Cortell

Del 23 al 26 de marzo de 1995 nos reunimos un pequeño grupo de antropólogos para conmemorar y celebrar el 150 aniversario del nacimiento de Joaquín Costa, precisamente en su provincia natal, en Jaca concretamente. Mi intención original al avanzar la fecha fue poder presentar este rampallo de textos ya publicados para la celebración de su aniversario conmemorativo. En la reunión tratamos de glosar un manojo de aspectos que abordó con originalidad, hace ya un centenar de años, el homenajeador aragonés y al que, en conjunto, poca atención han dedicado los antropólogos a pesar de su obra etnográfica, pionera por esas tierras altoaragonesas, y no obstante el carácter cuasi-antropológico importante de varios de sus escritos —quizá los más permanentes— jurídico-literarios. No es necesaria la existencia de una disciplina para la creación personal de una visión etnográfica y de una teoría cultural.

La obra de Costa —no tengo duda— merece una pausada lectura antropológica que en gran parte está todavía por hacer. Iniciamos en estas jornadas jacetanas, siempre tituladas *Antropología social sin fronteras*, nuestra aportación primera a ese análisis que requiere más dedicación y reflexión desde nuestra disciplina. El valor intrínseco de la orientación hacia lo popular y el anclaje local de muchas de sus páginas lo demanda, sencillamente porque sus estudios altoaragoneses son la plataforma desde la que se lanza, con brío, a planteamientos de una envergadura significativa mucho mayor. La etnografía pirenaica le lleva a profundizar en la juridicidad de lo jurídico, en su naturaleza y esencia.

Pero hay además otras razones por las que el conjunto de su obra invita a la mirada antropológica: el *agon* inseparable de su vida, su rápido carácter intuitivo, su oscilación discursiva y todo su itinerario espiritual van rozando iterativamente problemáticas que simplemente fuerzan hoy la atención del antropólogo. Además lo requiere su figura poliédrica. Hay un Costa heterogéneo y plurivalente

pero a la vez convergente en su dominante reflexión que siempre parte de la praxis y del cuestionamiento político. Hay un Costa fáctico, enraizado en el terreno y en la familia, desde donde descubre y examina las credenciales de la tradición que le llevan a la modernidad; observa el área de la vida local que le conduce a elaborar el aspecto intencional de las cosas. Éste es el Costa autor empírico que comienza en lo particular como el antropólogo, esto es, en el anclaje popular del sentido del hecho jurídico altoaragonés, pero del que se sirve para alcanzar un significado mucho más general e importante. Hay un Costa etnógrafo que descubre además el valor del refranero y la potencia cultural de la literatura popular en cuanto fundamento para reflexionar sobre la universal experiencia emotivo-intelectual y solidaria de toda pequeña comunidad. Hay un vocabulario costista que se extiende ya cuando todavía vivía, hasta la comarca de Jerez, una estrategia sintáctica peculiar del aragonés pero conocida en toda España. Hay una política hidráulica regional en sus discursos, esfuerzos organizativos y escritos, pero que se convierte en gritos, eslóganes y política nacional porque se expande y repercute a través de sucesivos y potentes ecos en la inmensa geografía de la España seca. En su obra —y esto lo juzgo de sumo interés cultural— el antropólogo tiene que analizar no sólo lo que presenta, sino también, y con especial dilección, lo que representa.

Estas inolvidables y amenas jornadas antropológicas en pleno Pirineo deberían hacernos pensar, nos hicieron pensar, en algo tan injustamente preterido por nosotros: me refiero a la primeriza y vibrante etnografía lugareña *emic*, narrada y recogida por los propios actores, versificada a veces, objetivada en fotografías, en rincones caseros, encrucijadas, peirones, petos de ánimas, ermitas y en oraciones-conjuro y guardada en hojas sueltas amarillentas de torpe ortografía o en olorosos cuadernos viejos copiados a mano con letra indecisa o en testamentos familiares sujetos por una cinta de color, y también, y no menos importante, deberíamos prestar mayor atención y examinar la literatura y poetas locales, la historia del pueblo escrita o narrada por un vecino, los costumbristas y museos comarcales que no sólo conocen como nadie y custodian con esmero el tesoro tradicional que les pertenece, sino que viven y reviven el presente y el pasado en su propia persona que hace de puente entre el ayer y el hoy y que además media entre el lugareño y el académico. Todo el que investigue el Pirineo aragonés, por ejemplo, haría bien en leer *Bardaxí*, de Severino Pallaruelo, un tercio objetiva etnografía, otro tercio realidad histórica y otro creación imaginativa que narra no exactamente lo que fue porque no se puede hoy saber, pero sí lo que verosímelmente pudo ser. Creo sinceramente que en esto —en gran parte— consiste, en definitiva, la Antropología, esto es, la Antropología que yo pretendo hacer y la que hacen otros sin darse cuenta del último tercio que ingenuamente llaman teoría. La Antropología se nutre de fría objetividad, de acercamiento rigurosamente crítico y de imaginativa reflexión personal humana.

Cada capítulo puede leerse por separado, como un artículo suelto; el lector puede comenzar por cualquiera de ellos. No obstante, cada uno de ellos forma par-

te de un todo coherente porque está referido al mismo personaje en alguna de sus facetas y, lo que es más importante, porque lo tratan desde la misma antropológica perspectiva. Espero y deseo que este ensayo inicial, resultado de nuestra estancia en Jaca, opere como una llamada a examinar otros ilustres predecesores muy avanzados en su día (Azara, por ejemplo), relaciones de viajeros, expediciones científicas, cartas anuas, manuscritos de misioneros, sermonarios, archivos parroquiales que perecen en su sueño plurisecular ocultando su riqueza humana, etc.

No puedo terminar estas líneas introductorias dedicadas a la obra pionera y *engagée* —y todavía muy actual en alguno de sus aspectos— de Joaquín Costa, sin agradecer la generosa aportación de otro aragonés, don José M. Cortell, a quien dedico estos ensayos, que juntamente con el Excmo. Sr. Rector de la Universidad de Zaragoza, D. Juan J. Badiola, hicieron posibles estas jornadas antropológicas. También merecen mi agradecimiento la incansable cooperación del Profesor Gaspar Mairal, buen conocedor y catador de la etnografía, arte y cocina pirenaicas, y los colegas tanto españoles como extranjeros que presentaron sus cuidadas ponencias y que hicieron con su presencia una estancia tan agradable como antropológica. Por último, vaya también mi más sincero agradecimiento a las autoridades de mi pueblo, presididas por D. Carlos Moliné, que para celebrar a la Antropología invitaron a todos los participantes a las Jornadas a pasar unas horas festivas y amenas en compañía de los vecinos.

Puebla de Alfindén
Semana Santa de 1995